

Martes 10 de Enero de 2012

Martes 1ª semana de tiempo ordinario 2012

1Samuel 1, 9-20

En aquellos días, después de la comida en Siló, mientras el sacerdote Elí estaba sentado en su silla junto a la puerta del templo del Señor, Ana se levantó y, desconsolada, rezó al Señor deshaciéndose en lágrimas e hizo este voto: "Señor de los ejércitos, si te dignas mirar la aflicción de tu esclava, si te acuerdas de mí y no me olvidas, si concedes a tu esclava un hijo varón, se lo ofreceré al Señor para toda la vida y la navaja no pasará por su cabeza". Mientras repetía su oración al Señor, Elí la observaba. Ana hablaba para sus adentros: movía los labios, sin que se oyera su voz. Elí, creyendo que estaba borracha, le dijo: "¿Hasta cuándo vas a seguir borracha? Devuelve el vino que has bebido". Ana respondió: "No es eso, señor; no he bebido vino ni licores; lo que pasa es que estoy afligida y me desahogo con el Señor. No me tengas por una mujer perdida, que hasta ahora he hablado movida por mi gran desazón y pesadumbre".

Entonces dijo Elí: "Vete en paz. Que el Señor de Israel te conceda lo que le has pedido". Y ella respondió: "Que tu sierva halle gracia ante ti".

La mujer se marchó, comió, y se transformó su semblante. A la mañana siguiente madrugaron, adoraron al señor y se volvieron. Llegados a su casa de Ramá, Elcaná se unió a su mujer, Ana, y el Señor se acordó de ella. Ana concibió, dio a luz un hijo y le puso de nombre Samuel, diciendo: "¡Al Señor se lo pedí!"

Interleccional: 1Samuel 2

R/Mi corazón se regocija por el Señor, mi salvador.

Mi corazón se regocija por el Señor, mi poder se exalta por Dios; mi boca se ríe de mis enemigos, porque gozo con tu salvación. R.

Se rompen los arcos de los valientes, mientras los cobardes se ciñen de valor; los hartos se contratan por el pan, mientras los hambrientos engordan; la mujer estéril da a luz siete hijos, mientras la madre de muchos queda baldía. R.

El Señor da la muerte y la vida, hunde en el abismo y levanta; da la pobreza y la riqueza, humilla y enaltece. R.

El levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para hacer que se siente entre príncipes y que herede un trono de gloria. R.

Marcos 1, 21-28

Llego Jesús a Cafarnaúm y cuando el sábado siguiente fue a la sinagoga a enseñar, se quedaron asombrados de su enseñanza, porque no enseñaba como los letrados, sino con autoridad. Estaba precisamente en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo, y se puso a gritar: "¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios". Jesús lo increpó: "Cállate y sal de él". El espíritu inmundo lo retorció y, dando un grito muy fuerte, salió.

Todos se preguntaron estupefactos: "¿Qué es esto? Este enseñar con autoridad es nuevo. Hasta a los espíritus inmundos les manda y le obedecen". Su fama se extendió en seguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea.

COMENTARIOS

La gente sencilla diferencia con claridad la enseñanza de Jesús de la de otros maestros de la época. Tan novedoso es el mensaje de Jesús que desconcierta a sus interlocutores. En aquel tiempo, cada grupo religioso hacía su interpretación particular de la Escritura, invocando la doctrina de maestros prestigiosos. Pero la palabra de Jesús se impone por su propia autoridad. Pero ¿qué es lo que hace completamente diferente la enseñanza de Jesús de la de otros? Jesús habla un lenguaje emotivo y concreto, lleno de colorido e imágenes, tomado de las preocupaciones cotidianas de agricultores, pescadores, amas de casa, pastores. Los otros maestros citaban de memoria eruditas interpretaciones de maestros más antiguos, pero el pueblo sencillo no podía validar esas doctrinas en su propia experiencia de vida. Los escribas se acreditaban recurriendo a explicaciones tan eruditas como desactualizadas; Jesús, en cambio, echa mano de la sabiduría popular. De hecho en los evangelios encontramos una variada colección de dichos y parábolas de Jesús donde aparecen máximas, refranes y sentencias tomadas de la experiencia diaria del creyente común. Todavía hoy, a pesar de vivir muchos en una cultura urbana, somos capaces de captar al vuelo la novedad y frescura del mensaje de Jesús.

Juan Alarcón, s.j..

(Extracto de servicios KOINONÍA)